

TIMOTHY TACKETT

EL TERROR
EN LA REVOLUCIÓN
FRANCESA

Traducción castellana de
CECÍLIA BELZA

PASADO & PRESENTE
BARCELONA

ÍNDICE

<i>Introducción: El proceso revolucionario</i>	<i>9</i>
1. LOS REVOLUCIONARIOS Y SU MUNDO EN 1789	23
La nobleza	29
El pueblo	33
Atreverse a saber.....	38
Actitudes ambiguas hacia la violencia	45
2. EL ESPÍRITU DE 1789.....	53
La prerrevolución	53
La creación de la Asamblea Nacional	60
La violencia de 1789.....	67
Euforia y preocupación	76
Los Días de Octubre	82
3. LA AUTORIDAD SE DESMORONA.....	89
Al borde de la anarquía.....	90
La dinámica de la democracia	96
La fractura de la autoridad.....	103
Los límites de la fraternidad	112
4. LA AMENAZA DE LA CONTRARREVOLUCIÓN	119
Los caminos de la oposición aristocrática	121
El catalizador religioso	130
Emigrantes y emigración.....	135
La huida del rey y el «Terror» de 1791	139
5. ENTRE LA ESPERANZA Y EL MIEDO.....	149
Rumores en la Revolución.....	152
La dialéctica de la denuncia	157
Obsesiones conspiratorias	165
La demonización del otro	170

6.	FRANCIA SE DIVIDE	173
	Facciones y agitación en las provincias.....	175
	Facciones en la Asamblea Legislativa.....	180
	La movilización del activismo parisino.....	192
	Vientos de guerra.....	199
7.	LA CAÍDA DE LA MONARQUÍA	207
	El pánico de mayo y los sucesos del 20 de junio	208
	Los marseleses	216
	El rey ha de ser destronado.....	219
	El asalto al palacio de las Tullerías	223
8.	EL PRIMER TERROR.....	229
	El interregno.....	230
	Violencia en las provincias	241
	La invasión de Francia.....	246
	Cinco días de septiembre	249
9.	LA CONVENCIÓN Y EL JUICIO DEL REY	257
	Valmy y los cambios de la fortuna.....	260
	La Convención Nacional y la guerra.....	264
	Los girondinos y los montañeses	269
	Juzgar a un rey.....	275
	¿Un punto sin retorno?	285
10.	LA CRISIS DE 1793.....	289
	Conquistar el mundo.....	291
	Los <i>enragés</i> y el momento feminista	295
	La barbarie de la guerra civil	302
	La crisis de marzo y la estructuración del Terror	308
	La purga del 2 de junio	318
	«También debe correr su sangre».....	324
11.	REVOLUCIÓN Y TERROR HASTA LA VICTORIA.....	329
	La crisis del «federalismo».....	330
	Los montañeses toman el control.....	335
	El Terror a la orden del día	344
	El Comité recurre al Terror.....	351
	La muerte de los girondinos	359
12.	EL AÑO II Y EL GRAN TERROR	367
	De la reforma radical a la descristianización	368
	Ganar las guerras.....	375
	Una Revolución que devora a sus hijos	381
	Termidor	393

<i>Conclusión: Convertirse en terrorista</i>	399
<i>Agradecimientos.....</i>	411
<i>Abreviaturas</i>	413
<i>Notas</i>	415
<i>Fuentes y bibliografía</i>	479
<i>Índice alfabético</i>	503
<i>Índice de ilustraciones</i>	515
<i>Índice de mapas.....</i>	517

PASADO & PRESENTE

INTRODUCCIÓN

EL PROCESO REVOLUCIONARIO

Para los hombres y mujeres que vivieron en Francia entre 1793 y 1794, fue esta una época de inquietud y terror. Solo cuatro años antes, habían sido testigos del comienzo de una revolución extraordinaria que transformó por entero el Estado y la relación del gobierno con sus ciudadanos. Una Asamblea Nacional, creada en nombre de la soberanía popular, había abolido el «sistema feudal» imperante en Francia durante el último milenio y había proclamado, asimismo, una serie de «derechos humanos» fundamentales: libertad de expresión, libertad de prensa, tolerancia religiosa, un futuro profesional determinado por el talento en lugar del linaje y la igualdad de los ciudadanos ante la ley. Más tarde, redactaría la primera Constitución escrita de Europa. Alentados por una concepción cada vez más amplia de la libertad y la igualdad, los revolucionarios ampliarían luego estos derechos del individuo para incluir el sufragio universal masculino, nuevos derechos de la mujer notablemente amplios, la abolición de la esclavitud y la propuesta de una educación y un bienestar social universales. Pero a mediados de 1793, la Revolución había empezado a exhibir una faceta más oscura. El gobierno, cada día más dictatorial, fomentaba las denuncias y la represión, al tiempo que aparecían comités de vigilancia que descubrían a «sospechosos» y supuestos traidores en todos los rincones del país. Se detuvo a miles de ciudadanos y se ejecutó a varios centenares, juzgados por un «Tribunal Revolucionario» inapelable. El propio monarca y varios destacados dirigentes políticos, en quienes el pueblo había creído poder confiar hasta entonces, fueron acusados de traición y terminaron en la guillotina. Desgraciadamente, algunos de los condenados a la pena capital eran hombres y mujeres que aún se declaraban fervientes partidarios de la Revolución. No menos de ochenta y dos diputados de la Convención Nacional —más de un diez por 100 del total— serían ajusticiados o morirían en pri-

sión a lo largo de 1794.¹ Como diríamos hoy, el terror estaba «a la orden del día».

¿Cómo llegó a suceder todo esto? ¿Cómo se precipitaron los elevados ideales de 1789 en la violencia y el terror de 1793? «Los siglos venideros —escribió el diputado y ministro Dominique Garat—, sentirán estupor ante los horrores que hemos cometido; el mismo estupor que sentirán al contemplar nuestras virtudes. Lo que jamás llegarán a comprender es el increíble antagonismo de nuestros principios y nuestros desmanes.»² Los historiadores llevan más de dos siglos tratando de resolver esta enigmática bipolaridad de la Revolución. ¿Qué podría explicar el viraje hacia una intolerancia y una represión espoleadas desde el Estado? ¿Cómo se explica que los revolucionarios acabasen dándose muerte unos a otros? De cuantos aspectos atañen a esta etapa, tal vez los orígenes del Terror sean el más complejo y el más misterioso.

A lo largo del siglo XIX, tanto los historiadores como numerosas figuras de la política en Francia buscaron el modo de reconciliarse con el violento pasado de su nación. François Guizot, Adolphe Thiers, Alphonse de Lamartine, Alexis de Tocqueville, Edgar Quinet, Victor Hugo, Jean Jaurès..., todos ellos escribieron profusamente sobre la Revolución. En el siglo XX, tres generaciones de escritores de un talento excepcional —desde Alphonse Aulard, Albert Mathiez y Georges Lefebvre hasta Albert Soboul y Michel Vovelle— explicaron el Terror poniendo el foco en las impactantes contingencias derivadas de la invasión extranjera y la contrarrevolución a las que hubieron de hacer frente los dirigentes revolucionarios.³ Proponían que el Terror había sido una opción racionalmente calculada, concebida en todo momento como una medida provisional, y que los logros liberales de los comienzos de la Revolución quedaron aparcados, de forma consciente y temporal, hasta que se hubieran rechazado y vencido las amenazas a la supervivencia del nuevo régimen. Sin embargo, otro grupo de historiadores, de corte más conservador —desde Hippolyte Taine y Augustin Cochin hasta François Furet—, explicarían la violencia revolucionaria en términos de política interna y, por encima de todo, de ideología. Profundamente inmersos en la filosofía de la Ilustración, sostenían aquellos, los patriotas de 1789 esbozaron ingenuamente un plan utópico para reconstruir la sociedad desde los cimientos, tomando como base la razón. Carentes de toda experiencia directa en el ejercicio del poder, no contaban con «otro apoyo salvo los principios esenciales» y, por encima de todo, las teorías políticas de Jean-Jacques

Rousseau,⁴ en especial la relativa a la «voluntad general», según la cual todo distanciamiento de esta voluntad, toda oposición política, todo concepto de pluralismo político, podía considerarse intrínsecamente pernicioso y contrarrevolucionario. En este sentido, la violencia de 1793 era algo inherente a la ideología de 1789. La Asamblea Nacional de aquel año, según enunció Norman Hampson, no fue sino «el prelude del Terror».⁵

En los primeros años del siglo XXI, un grupo de historiadores quiso apartarse de la estricta dicotomía entre «circunstancias» e «ideología». Arno Mayer, David Andress, Jean-Clément Martin, Donald Sutherland, Dan Edelstein y Marisa Linton, entre otros, han publicado análisis exhaustivos y complejos sobre el Terror y los sucesos que lo desencadenaron.⁶ Tomando como punto de partida el trabajo de estos académicos y sumándole una notable cantidad de documentación nueva, este libro pretende volver a examinar la cuestión por entero. Aunque «el Terror» puede definirse de muchas maneras, aquí hace referencia principalmente a la política estatal de 1793 y 1794, que recurrió a la violencia institucionalizada y a las amenazas de violencia —a las ejecuciones, fundamentalmente— a modo de castigo y como recurso para intimidar a los supuestos enemigos de la nación.⁷ Aunque este libro se ha concebido como una interpretación general de los sucesos acaecidos en Francia desde el inicio de la Revolución hasta la caída de Robespierre, se ocupa principalmente del desarrollo de una cultura política de la violencia por parte de los dirigentes, de la actitud o *mentalité* que, según tendremos ocasión de ver, precedió al Terror e hizo que la opción de recurrir a una «violencia auspiciada desde el Estado a una escala sin precedentes» pareciera casi inevitable y necesaria.⁸ En algunos aspectos, este trabajo puede considerarse una continuación de las reflexiones generales sobre el transcurso de la Revolución Francesa. Mientras que en un ensayo anterior estudié cómo los ciudadanos de Francia llegaron a convertirse en revolucionarios, aquí pretendo descubrir cómo se convirtieron en terroristas.⁹

Debemos llamar la atención ahora sobre tres aspectos relativos al modo en que se aborda en este libro nuestro objeto de estudio. En primer lugar, al examinar los orígenes de la cultura política de la violencia, el *proceso* revolucionario cobra una relevancia especial. A la hora de comprender a los revolucionarios, parte de la dificultad radica en el hecho de que la suya fue una realidad mudable donde los valores, las percepciones y las ideologías se hallaban en un proceso de desarrollo y

de transformación constantes y por lo general impredecibles. La Revolución fue un período extraordinariamente innovador y proteico en el que poco, por no decir nada, estaba escrito de antemano. Las nuevas perspectivas y concepciones o bien se formaron a partir de un copioso conjunto de materiales del pasado o eran totalmente nuevas. El lenguaje flotaba a la deriva, al haberse alterado la relación entre las palabras y las cosas. Eran muchísimos los dirigentes que se mostraban imprevisibles, incoherentes o vacilantes en sus posturas y podían cambiarlas cada semana o cada mes. Las identidades sociales incluso, y los valores en que estas se apoyaban, se vieron sometidas a una revisión constante y, en ocasiones, incluso a una reforma. De hecho, parece probable que en la dinámica revolucionaria no hubiera ningún conjunto de factores que funcionase de forma sostenida, en todo momento. La Revolución avanzó más bien de un modo irregular, atravesando distintos «cambios de fase» desencadenados siempre por crisis o sucesos imprevistos y con un engranaje de causas y consecuencias propio en cada uno de los casos.

A lo largo de años de investigaciones, no pocos historiadores y científicos sociales se han extraviado tratando de buscar atajos, dando un salto desde el principio de la Revolución hasta el Terror, en el convencimiento de que desde el primer punto se llegaba directamente al segundo y prestando poca atención a la importancia del contexto y la secuencia de los sucesos. Resulta esencial explorar el «punto medio» entre las interpretaciones basadas en la *longue durée* de la ideología o la lucha de clases y las que se fundamentan en la fugacidad de unas «circunstancias» inmediatas e imperiosas y valorar en qué medida las actitudes subyacentes al Terror surgieron de la propia Revolución. Lazare Carnot, militar, diputado en la Convención Nacional y miembro del Comité de Salud Pública durante el Terror, lo sintetizó en estos términos: «Un hombre no nace revolucionario, se hace revolucionario».¹⁰

Por otra parte, aunque el presente estudio contempla a todo el conjunto de la sociedad francesa, urbana y rural, se centra sobre todo en las élites políticas. Nuestra definición de estas élites ha de ser, forzosamente, un tanto elástica. Bajo este epígrafe incluiremos a todos los hombres elegidos para desempeñar cargos a nivel nacional, regional o local con posterioridad a 1789, o los que se incorporaron a los clubes políticos. Dos generaciones de académicos han demostrado que la inmensa mayoría de dirigentes de la Revolución procedían de la «clase media» urbana del Antiguo Régimen: plebeyos sin privilegios —los

que no pertenecían ni a la nobleza ni al clero— cuyas ocupaciones no implicaban esfuerzo físico. Sin duda, hubo también nobles y sacerdotes con cargos políticos durante la Revolución y no era lo mismo ejercer en un puesto de responsabilidad nacional, en París, que servir en administraciones regionales, municipales o de distrito. Las élites municipales podían estar integradas por una minoría de artesanos y pequeños comerciantes y, en el caso de los pueblos, el liderazgo solía recaer en manos de los terratenientes más acaudalados. Por otra parte, con el tiempo, se produjo una evolución que llevó al poder a individuos de estratos algo inferiores en la jerarquía social. No obstante, el grueso de la clase política revolucionaria estaba constituido por «profesionales y comerciantes urbanos respetables», con una buena formación y generalmente nacidos en las décadas de 1740 o 1750;¹¹ este mismo grupo predominaba también en los clubes políticos más destacados. Es sabido que incluso los jefes de los consejos de distrito o «secciones» de París —comúnmente asociados a los *sans-culottes*—, provenían casi siempre de la clase media culta.¹² Esta preponderancia de las élites sociales masculinas resulta poco sorprendente en tanto que, hasta 1792, los cargos electos a todos los niveles estuvieron restringidos, por ley, a los varones que tributasen con una cuantía mínima considerable. Aun después de esta fecha, el liderazgo continuó limitado por lo general a quienes podían dedicar suficiente tiempo a las funciones públicas y no estaban ligados a la necesidad de ganarse el sustento cada día; era también un requisito esencial contar con un nivel mínimo de alfabetización funcional. Lo cierto es que, en vísperas de la Revolución, poco más de la mitad de la población masculina en Francia podía firmar con su nombre el certificado de matrimonio y tan solo un porcentaje bastante inferior disponía de la formación académica imprescindible para asumir puestos de responsabilidad civil. En conjunto, solo la quinta parte de los varones del París revolucionario estaba preparada para ostentar cargos de autoridad; en el resto del país, la proporción se reducía drásticamente.¹³

En cuanto a las mujeres, no cabe la menor duda de que muchas siguieron de cerca la Revolución, independientemente de su clase social. En ocasiones, llegaron a ejercer cierta influencia en el devenir de los acontecimientos por medio de sus escritos, su participación en asociaciones populares o su presencia en las revueltas y las manifestaciones. De hecho, tendremos ocasión de distinguir el auténtico «momento feminista», durante la primavera y el verano de 1793, en que un impor-

tante número de mujeres parisinas y de las principales ciudades de provincias alcanzó un grado de conciencia y activismo políticos nada desdeñable. En aquellos años, se les reconocieron unos derechos sociales y económicos apenas imaginables en 1789, aunque ellas nunca consiguieron el derecho al voto o al ejercicio de un cargo, y raramente lo pretendían. Si bien debemos tenerlas en cuenta, y así lo haremos, el foco de atención se centrará fundamentalmente en el liderazgo institucional masculino de la Revolución.

En tercer lugar, el presente estudio revisa no solo las actividades políticas e institucionales de las élites, sino también la mentalidad en constante evolución que motivó y puso en marcha estas actividades. Defenderemos que, para comprender el desarrollo de una cultura política de la violencia, es necesario ahondar en la psicología de los dirigentes revolucionarios, en la misma línea en que otros han tratado de comprender la psicología de las masas. Al abordar este tema, nuestro objetivo no consiste en asumir un marco teórico preconcebido, sino que utilizaremos el término «psicología» en un sentido más amplio, para evocar los estados mentales y las emociones, la *mentalité*, de quienes vivieron durante aquel período. Es común entre los historiadores dar por hecho que el comportamiento de los dirigentes revolucionarios fue en todo momento fruto de un cálculo racional, ya fuera en su esfuerzo por reconstruir de manera lógica el Estado y la sociedad, por hacer avanzar sus trayectorias o sus facciones o por implementar alguna ideología coherente. Sin embargo, las emociones pudieron desempeñar un papel nada desdeñable en sus proceder y en sus decisiones. Para quienes jamás han vivido una revolución, es fácil pasar por alto lo desconcertante, intranquilizadora y dolorosa que puede resultar esta experiencia. En un momento en que tantas certidumbres cotidianas se veían sometidas a un nuevo examen o quedaban desestimadas, la angustia y el miedo, la rabia y las ansias de venganza, la vergüenza y la humillación pudieron resultar condicionantes tanto para el comportamiento individual como para el colectivo. De hecho, en períodos de fuertes tensiones, la inestabilidad emocional solía instalarse tanto entre las élites como entre las masas en que la alegría y la angustia, la empatía y el odio se alternaban en rápida sucesión.

La Revolución Francesa, según exponremos, no la había previsto nadie, por lo menos antes de 1787, y los hombres sobre quienes recayó el poder, los arquitectos del nuevo régimen, hubieron de dar palos de ciego durante un prolongado período en su esfuerzo por encontrar una

política consecuente y una ideología coherente. Posiblemente, la inmensa mayoría coincidía en los objetivos generales de «libertad» e «igualdad» y los asumió con la convicción y el entusiasmo propios del converso. Sin embargo, aplicar estos principios en el seno de una sociedad muy poco acostumbrada a la realidad de tales valores, fijar los límites de la libertad, los de la igualdad y reconstruir un nuevo régimen partiendo de las ruinas del antiguo supondría, en conjunto, un reto extraordinario. Toda gran revolución conlleva, por fuerza, cierta desestabilización, en tanto implica un proceso de ruptura y de transición, con largos períodos de interregno en los que el viejo sistema ha quedado desacreditado al tiempo que el nuevo se debate todavía por afirmar su legitimidad. La tarea puede resultar aún más desalentadora si además aparecen movimientos contrarrevolucionarios que rechazan de plano el nuevo sistema de valores. Aunque algunos revolucionarios se convierten rápidamente en auténticos devotos, seguros de sí mismos, otros muchos se sienten atormentados por las dudas, la incertidumbre y la desconfianza.

Los psicólogos sociales y los neurocientíficos, por su parte, han puesto de relieve el fuerte vínculo que existe en el comportamiento humano entre cognición y emoción, entre razón y sentimiento. Estas emociones están mediatizadas por reglas y expectativas culturales y, con el tiempo, terminan modificándose por medio de la estrecha interacción entre los individuos de una «comunidad emocional», según el concepto desarrollado por Barbara Rosenwein. Por otro lado, las emociones colectivas constituyen una parte integral del fenómeno del rumor, en su gestación, divulgación y transformación en el seno de la sociedad. En épocas de mucha presión, estos rumores pueden llegar a trascender la clase sociocultural y traspasar a otras comunidades emocionales que en circunstancias normales permanecerían aisladas. De este modo, la desconfianza y la rabia de las masas pudo llegar a incidir significativamente en el comportamiento revolucionario de las élites.¹⁴

La implicación de las emociones en el advenimiento del Terror no ha quedado totalmente relegada en los estudios académicos. El gran historiador Georges Lefebvre, por ejemplo, era consciente de su importancia y, en años recientes, William Reddy y Sophie Wahnich también han escrito brillantes ensayos sobre la cuestión.¹⁵ No obstante, este trabajo se propone ir más allá del concepto del «sentimiento» no diferenciado propuesto en las últimas investigaciones y se centra en el



impacto que tuvieron algunas emociones específicas. Dedicaremos mucha atención al entusiasmo y al fervor revolucionarios, a lo intenso de la convicción, a los «efectos sobrenaturales» de la libertad y la igualdad. Pero en nuestro esfuerzo por comprender la mentalidad del Terror, haremos especial hincapié en el miedo y en las contingencias específicas que lo suscitaron. De hecho, sostendremos que el miedo fue uno de los elementos más determinantes en la gestación de la violencia revolucionaria: miedo a la invasión, miedo al caos y a la anarquía, miedo a la venganza. Por otra parte, como tendremos ocasión de descubrir, la psicología de la Revolución estuvo caracterizada, cada día más, por el miedo imperante a la conspiración, una convicción fundamental para explicar la aparición de la rabia y el odio entre las élites y la imposición de la violencia y la represión patrocinadas por el Estado. Pero, en 1793, este «estilo paranoide de la política» —según la formulación de Richard Hofstadter— ya no constituía una reacción puntual a tramas contrarrevolucionarias concretas —de cuya existencia se han descubierto pruebas fehacientes— sino un miedo obsesivo hacia una «gran conspiración» omnipresente y monolítica. Prácticamente todas las dificultades a las que hubieron de hacer frente los revolucionarios serían atribuidas al proceder de unas pocas figuras omnipotentes que manejaban los hilos escondidos tras un velo de secretismo.¹⁶ En nuestro esfuerzo por iluminar los violentos acontecimientos de la Revolución, debemos intentar entender cómo se sintieron aterrorizados los propios terroristas.¹⁷